

OBSERVACIÓN Y DESCRIPCIÓN EN LA GÉNESIS DEL SIGNIFICADO

El campo de la clínica se está ensanchando con pacientes que acuden en busca de ayuda debido a su dificultad para pensar. En un mundo que promueve la inmediatez, la acción, la satisfacción inmediata del deseo y que ofrece como valores a la sensualidad, y que considera válido el relativismo del “todo vale”, estos pacientes se pueden encontrar tironeados entre la obediencia a las consignas de las modas y el sufrimiento ante sus fracasos vitales; así mismo les cuesta desarrollarse porque tienen dificultades para aprender, comprender, imaginar... que gravan su vida y devalúan su autoestima.

La incapacidad para pensar es distinta del ataque al pensamiento o a la mente. Para atacar se acude a las mentiras, al lenguaje tramposo y a las expresiones ambiguas que generan confusión o al despojo del significado de las palabras. En la incapacidad para pensar se pueden rellenar los huecos con fabulaciones que se convierten en futuras trampas... Esos huecos han de ser el punto de partida para la ayuda a esos pacientes. Los huecos son la incapacidad para observar los hechos; si no se perciben los hechos no se podrá construir un significado a partir de pensar en lo observado; y si no se observa más allá de lo aparente se sacarán conclusiones que no podrán ser falseadas (cf. Popper), con lo que se abona el terreno de las ambigüedades y confusiones.

Estas personas con incapacidad para pensar carecen de aquel equipamiento cuyas herramientas serían “la analogía, las perspectivas reversibles, la multiplicación de los vértices y la capacidad negativa” que al decir de D. Meltzer & Meg Harris (1985¹) son los requisitos que Bion reclama para investigar al individuo-como-grupo, en el primer volumen de *Memorias del Futuro*. El hombre “concreto” o “de hechos” como algunos obsesivos o los expertos habladores están alejados o imposibilitados de interrogarse sobre sí mismos; pero ¿quién no conserva áreas no mentalizadas de nuestra mente-grupo? Como decía al comenzar: el campo de la clínica se está ensanchando... pues todos tenemos huecos.

EL LENGUAJE

En la relación clínica el lenguaje se puede convertir en un laberinto; usamos del lenguaje para comunicarnos pero, al mismo tiempo, es un medio para incomunicarnos. Esto se torna más evidente con aquellos pacientes que son hábiles en hablar de todo y no decir nada. Y lo contrastante es que nuestro instrumento terapéutico es el lenguaje. No pocas veces quedamos indefensos frente a quienes: “saben jugar con las palabras, con frecuencia las corrompen” (W. Shakespeare, *Noche de Epifanía*, III, 1).

¹ Trabajo presentado en el **Encuentro Internacional en Barcelona** sobre *Generación del significado en la experiencia analítica: misterio, turbulencia y pasión*. Organizado por el Grupo Psicoanalítico de Barcelona para celebrar el 80 cumpleaños de D. Meltzer. 18-20 de octubre del 2002. Publicado en la *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre* (Brasil), Dezembro 2004, Vol. XI, 3, 489-518.

Los obsesivos son, tal vez, los que más juegan con las palabras; al haber abandonado las emociones trabajan sólo con hechos y se pueden tornar abusivamente discutidores, empleando medios tramposos en el uso de la lengua para vencer al oponente; por ejemplo, un recurso es cambiar el valor y el significado de las cosas. Los obsesivos no pueden trabajar con símbolos que captan el significado de las cosas, sólo usan metáforas, comparaciones o diferenciaciones, paráfrasis, reformulaciones, etc. creando un vértigo de palabras que pretenden envolver. También las personas que operan con la función alfa en reverso suelen producir una gran cantidad de palabras, muchas veces aglomeradas con el hilo simbólico conductor destruido.

Los sofistas eran maestros en el juego de las palabras². Platón que tanto los odiaba presenta sus bases deleznable en el *Eutidemo*. Frente a la producción sofista, Platón a través de Sócrates afirma (173) “que es preciso aprender el significado exacto de las palabras”, aunque a continuación advierte al asombrado pupilo Kleinias que las argumentaciones de los sofistas “son un simple divertimento, y por ello afirmaba yo que jugaban contigo. Y digo, enténdelo bien, ‘un juego’, porque por muchas nociones del mismo género que se adquiriesen, y aunque se adquiriesen todas, no por ello estaríamos más adelantados acerca de la naturaleza de las cosas. O sea que únicamente estaríamos en situación de bromear con las gentes utilizando los diversos sentidos de las palabras con objeto de tenderles zancadillas y voltearles, cual hacen quienes se entretienen en quitar los taburetes cuando vamos a sentarnos sin otra intención que vernos caer de espaldas” (p. 202-203). El juego de los sofistas se parece mucho a las argumentaciones de los que pretenden des-bancarnos de nuestra butaca de analistas. Pero la lucha contra el conocimiento de nosotros mismo es propia de la naturaleza humana. Como dicen D. Meltzer & Meg Harris W. (1985) “estamos obligados a seguir adelante para explorar las formas en que la capacidad para pensar puede verse interferida por un igualmente preciso mal uso del lenguaje (...) La oscuridad del lenguaje que trata de describir lo ultra e infra-sensual se opone al lenguaje mañoso (*trick*) que podría oscurecer precisamente pensamientos oscuros ya formulados. La búsqueda de las técnicas para el oscurantismo preciso se monta, no obstante, al servicio de aprender cómo detectar su funcionamiento para evitar que conozcamos nuestros propios pensamientos y significados” (p. 464). La búsqueda del oscurantismo al servicio de la resistencia encuentra soporte en las limitaciones del mismo lenguaje. “Nuestro lenguaje cotidiano – afirman Cohen & Nagel (1968)- adolece de una vaguedad notoria... Muchos de los desatinos de la actividad pensante concreta derivan de la inevitable vaguedad de la mayoría de las palabras, que vuelve casi imposible la cuidadosa verificación de los propios pensamientos... A ella hay que agregar la ambigüedad, otra seria amenaza al pensamiento preciso. Graves confusiones tienen como origen el inadvertido reemplazo del significado de una palabra en un contexto por un significado afín pero diferente. La ambigüedad de las palabras puede invalidar un razonamiento” (p. 43-44). Frente a esas vaguedades y ambigüedades cultivadas desde las resistencias Meltzer propone el desmontarlas a través de solicitar al paciente que aclare lo que quiere decir; solicitud que irritará al paciente –como a Eutidemo- porque sus palabras no consiguen encandilar al analista o porque sienten su dificultad para expresarse de un modo más veraz..

La dificultad derivada de la vaguedad y ambigüedad encuentra un aliado fundamental en la dificultad del nombrar mismo; dar nombre no consiste en rodear un objeto y asignarle un título creyendo que así se ha obtenido el conocimiento de él. El nombre del objeto puede inducir a pensar en el acto omnipotente de dar nombre a los objetos de la creación, como un Adán manifestando su señorío. Muy lejos de este momento queda la nominación de la *Tabla* de Bion, que reclama el reconocimiento

emocional del objeto como requisito esencial para su descubrimiento. Pero una vez que se pretende nombrar se vuelve a descubrir lo rudimentario y concreto que resulta nuestro lenguaje, sobre todo cuando pretendemos nombrar objetos de la realidad psíquica. Borges (1968) es clarividente cuando dice: “todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo *–id est*, de clasificarlo- importa un falseo” (p. 22). Pero lo esencial del lenguaje no es tanto lo que se nombra, que es el sitio en donde anida el falseamiento, sino lo que se muestra. V. Ungar (2000) en Florencia, en la perspectiva de Wittgenstein, nos decía que “habría que callar lo que no se puede hablar, pero eso que no puede ser dicho resulta campo de una mostración. Esa mostración representa el límite de lo inefable y eso es lo que, a mi manera de ver, se *metacomunica* con la actitud analítica. No se trata de lo que no debe decirse, es lo que no puede ser dicho por los límites del lenguaje”. Bion también sufría por los límites del lenguaje. D. Meltzer & Meg Harris W. (1982) lo señalan claramente: “A lo largo de toda su obra posterior, por lo menos desde *Elementos de psicoanálisis* (Bion, 1963) en adelante, y de manera explícita en su cáustico *Volviendo a pensar* (Bion, 1982) sobre sus trabajos anteriores, se disculpó y expresó su pesar por la inadecuación del lenguaje para la formulación precisa de los pensamientos que van más allá de lo sensorial por su estructura formal. A menudo señaló que, aún teniendo en cuenta sus propias limitaciones literarias personales, la falla está en el lenguaje mismo, una falla que sólo el arte puede superar. La evocación debe elevar la comunicación a la segunda potencia para que la verdad de la visión transmitida pueda tornarse disponible” (p. 453). También Meltzer (1990) considera al lenguaje un recurso insatisfactorio para describir lo que sucede en la relación analítica: “...lo que ha estado ocurriendo en nuestros consultorios y tratamos, utilizando *faute de mieux*, el ampliamente insatisfactorio medio del lenguaje, para describirlo” (p. 30).

El lenguaje nació para nombrar las cosas del mundo externo y por ese motivo tiene limitaciones para nombrar nuestros estados interiores. Wittgenstein (1958³) se preguntaba “¿Qué pasa con el lenguaje que describe mis vivencias interiores y que sólo yo puedo entender? ¿Cómo designo con palabras, mis sensaciones?- ¿Tal como lo hacemos habitualmente?” (§ 256). Pero el lenguaje habitual, el que nombra cosas del mundo externo no nos da garantías de poder establecer una relación correcta con lo que queremos nombrar. “Dar nombre aparece como una unión *extraña* de una palabra con un objeto (...) Porque los problemas filosóficos⁴ surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*. Y, *entonces*, nos lo podemos imaginar, así mismo, que dar nombre es como un acto psíquico remarcable, casi como un bautismo de un objeto” (op. cit., 1958, § 38). Si es difícil reconocer los sentimientos cuánto más será nombrarlos adecuadamente, por eso existe tanto la necesidad de hablar claro como el temor a decir necedades⁵. Si a las limitaciones del lenguaje, se une la dificultad para reconocer los estados emocionales y las resistencias a darles un lugar en nuestra mente, se crean las condiciones para los malos entendidos, término que nos recuerda a Money-Kyrle. Wittgenstein (1958) asigna a la filosofía la tarea terapéutica de disolver malos entendidos: “La claridad a la que aspiramos es, así mismo, una claridad *completa*. Eso significa que los problemas filosóficos se han de desvanecer *completamente*” (§ 133); para dicho objetivo acude al modelo terapéutico: “El tratamiento que el filósofo hace de un problema, es como el tratamiento de una enfermedad” (op. cit., 1958, § 255); el tratamiento de los problemas con base en el lenguaje y en los malos entendidos consiste en “pasar de una insensatez no manifiesta a una manifiesta” (op. cit., 1958, § 464) con la intención de luchar “contra el embrujamiento de nuestro entendimiento hecho a través de los medios de nuestro lenguaje” (op. cit., 1958, § 109). Mientras transcribo estas citas acuden a mi mente los múltiples obstáculos a la comprensión que observamos cada día en nuestros despachos.

Recuerdo una vez que Meltzer, en la supervisión de Eduardo⁶, decía: “Es verdad que es un gran creador de confusión y es difícil entender de qué está hablando, porque te dice que hablaba con sus padres hasta las 7,30, y tú le dices ‘habló con ellos hasta las 7,30’ y Eduardo responde ‘no, no...’ Realmente no sabes de lo que te está hablando. Es importante que le fuerces a concretar lo que está diciendo, describirlo bien, porque una vez que le haces describir con exactitud lo que está contando entonces puedes con conocimiento de hechos, decirle...” Esta tarea higiénica es como reclamar del paciente que haga un correcto uso de la regla básica y reformulando a Wittgenstein (1958) -cf. § 79- se le invitaría así: ‘di lo que quieras mientras eso no nos prive de ver qué es lo que está pasando’. El problema de pacientes como Eduardo es que –como decía D. Meltzer- “no está proporcionando evidencias suficientes como para que tú puedas formar tu propio juicio, sino que te está diciendo lo que tienes que pensar, te está programando”. Esta situación plantea el tema de la vulnerabilidad del analista y el problema de cómo sortear el asedio y el de reconvertirlo en un medio al servicio de la comprensión. Sin alejarnos del pensamiento de Wittgenstein ni de nuestra experiencia diaria en la clínica podemos afirmar que el correctivo mayor para evitar nuestra vulnerabilidad es el permanecer muy en contacto con la experiencia clínica, desconfiando de las afirmaciones generales que pueden revelar más las resistencias del analista que necesidades epistemológicas. Transcribiré parte de la Introducción que Terricabras hizo a la edición catalana de las *Investigaciones Filosóficas*: “...cualquier afirmación filosófica ha de tener como punto de referencia la descripción de casos particulares, que son los que le hacen de correctivo imprescindible (...) Porque la descripción de casos particulares es el único método que puede evitar que se hagan afirmaciones generales precipitadas o que, una vez hechas, puede ayudar a corregirlas. Es cierto que el método de Wittgenstein no puede impedir a nadie –ni a Wittgenstein- que se hagan afirmaciones falsas –no pueden garantizar la verdad-, pero sí puede ayudar para que, al menos, no sean desorientadoras. (...) Esta es, en definitiva, una de las mayores aportaciones de Wittgenstein a la filosofía: su subrayado preciso de la importancia de los ejemplos, de los casos particulares, que, desde él, son, en frase de Wisdom, ‘el alimento último del pensamiento’” (p. 25). Al leer estos textos no se puede menos que reconocer un cierto eco del pensamiento de Wittgenstein en la oportuna necesidad de asentar nuestro pensamiento psicoanalítico sobre los hechos clínicos.

EL SIGNIFICADO

La lucha contra el sin sentido no agota la tarea del filósofo, ni del científico ni del poeta. Los hombres de la cultura pugnan por nombrar los hechos de la existencia, y entre ellos, los psicoanalistas intentan dar nombre a los fenómenos de la realidad psíquica.

La significación cabalga entre los hechos a nombrar y los nombres a asignar a tales hechos. El sentido de *significación* puede ser formulado así: cuando consideramos a ‘x’ como un nombre es porque la significación de ‘x’ es el objeto denotado por ‘x’; esta formulación, que podría ser acusada de esencialista, no excluye que el significado de ‘x’ pueda estar determinado no sólo por el objeto sino por el contexto, adquiriendo entonces un matiz idiosincrásico. El significado no sería una ‘copia fiel’ del objeto sino una creación entre el objeto y el que nombra, -y en la clínica- entre el hecho y la función psicoanalítica que intuye significados en tales hechos.

Cuando B. Russell (1922) escribió la Introducción al *Tractatus* de Wittgenstein decía que éste “estudia las condiciones de un simbolismo correcto, es decir, un simbolismo en el cual una proposición ‘signifique’ algo suficientemente definido. En la práctica, el lenguaje es siempre más o menos vago, ya que lo que afirmamos no es nunca totalmente preciso (...) La función esencial del lenguaje es afirmar o negar los hechos. Dada la sintaxis de un lenguaje, el significado de una proposición está determinado tan pronto como se conozca el significado de las palabras que la componen. Para que una cierta proposición pueda afirmar un hecho, debe haber, cualquiera que sea el modo como el lenguaje esté construido, algo en común entre la estructura de la proposición y la estructura del hecho. Esta es tal vez la tesis más fundamental de la teoría de Wittgenstein” (p.10-11). El primer Wittgenstein, el del *Tractatus* (1918), propuso la teoría pictórica (Tabbía, C., 1970) para establecer la correlación entre mundo y lenguaje según las siguientes formulaciones:

§ 3.21 “A la configuración de los signos simples en el signo proposicional corresponde la configuración de los objetos en el estado de cosas”.

§ 3.22 “El nombre representa en la proposición al objeto”.

§ 3.221 “Sólo puedo *nombrar* los objetos, los signos los representan. Yo solamente puedo hablar *de* ellos; no puedo *expresarlos*. Una proposición únicamente puede decir *cómo* es una cosa, no *qué* es una cosa”.

Wittgenstein está tratando de evitar los supuestos esencialistas, atribuyendo al hombre sólo la función de nombrar a los objetos a través de signos que los representan, por eso dirá que “Nosotros nos hacemos figuras de los hechos” (op. cit., 1918, § 2.1). Queda pendiente de destacar –como hace Anscombe (1967)- que “nosotros somos quienes damos a un signo su referencia” (p. 68). Con la teoría pictórica, Wittgenstein trató de evitar la infiltración de sin sentidos pero sin destacar suficientemente que el encargado de establecer las correlaciones y de nombrar es alguien que teme y/o odia la verdad, o se espanta o fragmenta ante la belleza del objeto...

El segundo Wittgenstein considerará que lo primario en el lenguaje no es la significación sino el uso, introduciendo el concepto de juegos del lenguaje. En estos juegos lo que se pretende no es entender el significado de las palabras sino cómo funcionan y se usan, pues en cada término anidan muchos significados; esto sucede sobre todo en aquellas lenguas que sobrecargan de sentidos distintos a los términos y que sólo se puede descubrir su significado por el uso y el lugar que ocupan dentro de la proposición. Por ese motivo, para Wittgenstein el lenguaje en su significación no es ajeno de aquellos que lo usan. Como sintetiza Ferrater Mora (1966) “un lenguaje (un juego de lenguaje) es como un sistema de ruedas. Si estas ruedas engranan unas con otras y con la realidad, el lenguaje es justificado. Pero aunque engranen unas con otras, si no engranan con la realidad, el lenguaje carece de base. Por eso Wittgenstein ha comparado el juego de lenguaje filosófico con una rueda que gira libremente, sin engranar con lo real, o con las actividades humanas integradas con lo real” (T. II, p. 37). Esta afirmación se torna más significativa cuando pensamos al lenguaje en manos de la parte psicótica de la personalidad, o cuando el predominio de las transformaciones en alucinosis desintegra al lenguaje.

El problema del lenguaje sigue siendo el de haber sido construido para rodar sobre los datos de la realidad externa. Es cierto, como se dice en el *Tractatus* § 4.021 que “La proposición es una figura⁷ de la realidad, pues yo conozco el estado de las cosas que representa si yo entiendo el sentido de la proposición”; Wittgenstein destaca la función comunicativa de la proposición para reconocer la figura o pintura de la

realidad, de no ser posible esa función el lenguaje sería tan idiosincrásico como en los estados delirantes... Pero esa afirmación habría de ser completada con la distinción que hace Meltzer (2000) entre signos y símbolos; para Meltzer los signos “son nada más que una forma de señalar cosas; usan palabras para señalar. Consisten casi exclusivamente en el nombramiento convencional de cosas y funciones. Tanto como la gente usa signos en la comunicación entre sí, no pueden ‘significar’ nada, son simplemente señalamientos al mundo”. Uniendo esta distinción con la transcripción del *Tractatus* § 4.021, se podría concluir que es posible pintar cuadros del mundo a través de signos, dando cuenta de la realidad del mundo externo, pero permaneciendo al margen del significado emocional de la experiencia. Meltzer (2000) reconoce que “nuestro idioma es muy rico en palabras para describir objetos y funciones, pero muy pobre en palabras para describir las emociones”. Para lograr esto es necesario disponer de los símbolos-no-recibidos sino creados desde la vida onírica, y en la relación clínica desde la observación-descripción-interpretación en la relación transferencia-contratransferencia, con el supuesto de un analista con adecuadas funciones parentales y nombradas como *reverie*.

La dialéctica de la vida cotidiana oscila pues entre dos vértices: el de la amentalidad y el del conductismo adaptativo por un lado, y el de la vida mental propia vivida como espacio privado para la generación de significados por otro; a su vez, la creación del significado mantiene los dos polos a relacionar: el de los hechos y el de las palabras; pero la diferencia fundamental reside en si se puede establecer una relación pictórica (primer Wittgenstein) o de juegos de lenguaje (segundo Wittgenstein) sólo con la señalización apta para el mundo externo, o si será necesaria la disponibilidad para recibir intuitivamente la significación desde los objetos internos, como base de la generación de dicho significado.

LA OBSERVACIÓN

Como ya se dijo, acuden cada vez más pacientes buscando ayuda por trastornos en el pensamiento. En relación a un material clínico (Caso Eva) Meltzer hace una síntesis de los componentes esenciales del desarrollo de los pensamientos: “empezaría por decirle que el pensamiento se inicia con la observación de hechos a partir de los cuales se trata de construir significados, y que ella tiene la costumbre, el hábito, de no observar las cosas que no son aparentes y, también, la de dibujar una conclusión que no pueda ser desaprobada”. El pensamiento comienza con la *observación de hechos* para llegar a *significados*: he aquí todo un programa que muchas personas dejan de lado en algún momento. Más tarde, Meltzer (2000) acude a su propia experiencia para dar cuenta del mismo proceso: “Una de las cosas que nos enseñaba Mrs. Bick era que el significado de la conducta de los bebés y niños no era obvio. Es cuestión de interpretación, y la interpretación es algo que surge de la observación cuidadosa. El significado de la conducta de un bebé viene al observador como una intuición que surge al comprender lo que le está pasando al bebé (...) La lección es que la actividad del analista no es primariamente la interpretación; primero de todo es la observación y la descripción”. Estos textos abrirán este apartado, el de la *observación* como paso esencial en la generación de significados.

En la clínica encontramos conductas y problemas que imposibilitan el camino hacia la significación; a continuación haré referencia a algunos de ellos. Un ejemplo es Florencio, un señor aburrido; Meltzer (1999) dice que el aburrimiento es “un problema

muy importante que se encuentra en el análisis, y puede ser un problema caracterológico que se presentaría en aquellos pacientes que se quejan que no tienen amigos, que se encuentran incómodos en situaciones sociales, o que no pueden conversar en situaciones públicas. Estas personas generalmente son malos observadores de lo que pasa tanto alrededor de ellos como dentro de ellos y como consecuencia de esta pobreza de observación aparece una supresión de la respuesta emocional. Eso se ve cuando describen a la gente que ellos encuentran, no describen lo que ven sino que describen estereotipos, y por supuesto estos estereotipos son aplicables también a la percepción del analista que ellos tienen. Esto sería lo que yo llamo una especie de omnisciencia negativa (...) El tipo de omnisciencia se expresaría porque describen las cosas que son más obvias para ellos, y no pueden ver los detalles (p. 95-96). Otro tipo de pacientes, eluden la realidad a través de mirar lo que no existe, algo así como sólo señalar los agujeros del queso Gruyère, mirando como hace Eva “aquellas cosas que se presentan como evidencias negativas (...) El valor de la evidencia negativa es que reduce el campo de investigación, te estrecha el campo de observación pero no te explica sobre las evidencias positivas que uno precisa para poder identificar el problema. Hay que observar las evidencias esenciales, no hay que mirar el agujero del donut sino al donut en sí mismo”. Con pacientes como Eva el analista es colocado en situación de otorgar consentimiento por el sólo hecho de no hacer referencia al tema (según la falacia del que calla otorga), al modo de quienes consideran haber cometido un delito sólo cuando han sido descubiertos. Estos pacientes con limitada capacidad de observación imaginativa tienen dificultades para trascender el estrecho margen de sus sensaciones, considerándolas como “hechos llenos de significado por lo cual no sería necesario pensar”, como señalaba Meltzer. Otro tipo de pacientes, más explosivos y desbordantes tampoco pueden pensar por su incapacidad para unir las observaciones con sus respuestas afectivas, funcionando únicamente en base a sus respuestas emocionales. En el polo opuesto se encuentran las personas llenas de obsesionalidad que tampoco pueden pensar por carecer de contacto con las emociones. A pacientes como estos se les puede aplicar las sugerencias que Meltzer hacía para el paciente Luis: “habrás de enseñarle a pensar. Antes de esto él tiene que aprender a observar las cosas de manera que tenga algo sobre lo cual pensar (...) Tienes que dirigirte a él como hacia un niño pequeño que tiene que aprender cosas desde el comienzo, y al comienzo los niños deben aprender cosas como los números, las letras y poner las letras juntas para formar palabras, etc. Tiene que comenzar observando el mundo y observarse a sí mismo de manera que tenga algo sobre lo cual pensar. Él tiene que aprender a observar no sólo el mundo externo sino también el interno, observando sus sentimientos, pensamientos y sueños. Cuando traiga sus observaciones, tú le podrás enseñar a pensar acerca de sus observaciones...”

Una vez que el paciente empieza a observar habrá que colaborar con él para que las cosas evolucionen desde el nivel sensual hasta convertirlas en mentales; el movimiento nuclear para dicho proyecto será la observación de la experiencia emocional. “El trabajo de Bion –dice Meltzer (1978)- (...) descansa sobre la concepción de la ‘experiencia emocional’ como la última unidad de datos mentales sobre los que el aparato para pensar (función alfa, $Ps \leftrightarrow D$ y continente-contenido) opera, para producir pensamientos y desarrollarlos hacia niveles más altos de sofisticación, abstracción y complejidad (*La Tabla*, 1989), aptos para ser usados para pensar” (p. 393).

Pero, para que esa experiencia emocional ocurra hace falta el concurso adecuado tanto del paciente como del analista, en el encuentro clínico. Tanto para Segal (1975) como para Martha Harris (1984): “La pareja madre-neonato, en su fase inicial pecho-

neonato, puede ser vista como modelo para la pareja psicoanalítica” (1984, p. 83). El supuesto del desarrollo simbólico es que la madre sea suficientemente buena... y esto mismo se ha de suponer, por tanto, del analista. Pero el requisito de la pareja analítica, conforme a dicho modelo, es que el analista disponga de la suficiente capacidad de contención como para mantener una atención global al paciente, lejos de contemplarlo como objeto parcial, por ejemplo, restringiéndose a focalizar un aspecto, aunque sea el de la específica búsqueda del significado de las asociaciones. Creo oportuno referir ahora una observación de Mrs. Bick relatada por Jeanne Magagna (1997) en relación a la observación de bebés: “la señora Bick también me muestra las formas en las cuales yo fomento las dificultades de la madre cuando sigo y miro al bebé, en vez de mantener una atención global a toda la familia en la casa” (p. 214). Sin la atención global es difícil disponer de la atención libremente flotante como para registrar los datos de la realidad y reconocer su complejidad: lo que el paciente muestra, lo que el analista aporta y la interacción entre ambos.

Ante la complejidad de datos o estímulos que ofrece el encuentro con otra persona subyace la pregunta de qué es necesario observar para recoger datos significativos en aras a la comprensión de significados. Bick (1964) considera que “la experiencia de la observación de lactantes, vinculada luego con la experiencia clínica de niños y adultos, ayudará a convencerles de la *importancia de observar la conducta general* de sus pacientes como parte de los *datos obtenidos en la situación analítica*” (p. 114; la cursiva es nuestra); se trata de observar para “recoger hechos libres de toda interpretación” (idem, p. 111). Se necesita observar la conducta general del paciente para recoger hechos, pero los hechos en sí mismo podrían dejarnos prisioneros del nivel conductual y nos alejaría de la realidad psíquica, por tanto necesitamos observar la conducta general del paciente como punto de partida para investigar el significado. Tampoco nos aproxima al significado el basar nuestra interpretación en los hechos de la historia que relata el paciente porque los relatos son metáforas, y “las metáforas pueden sugerir significados ajenos a los que se pretende transmitir” (Cohen & Nagel, 1968, p. 61). La metáfora es una primera forma de transformación, muy útil, por ejemplo, en el diálogo con niños donde se la introduce a través del ‘como si’, pero carece de la riqueza y profundidad de los símbolos. No es muy diferente nuestra situación cuando leemos los informes de los periodistas; en ese caso no estamos pudiendo observar hechos, sino sólo los relatos que revelan más la perspectiva del periodista que los hechos que habrían sucedido, con lo que quedamos más a merced de la propaganda de la ‘agencia de noticias’ que de obtener datos para pensar; no pocos pacientes son como las agencias de noticias cuando tratan de envolverte con relatos que coaccionan nuestra imaginación, pretendiendo que veamos los hechos a su manera. En la clínica nos interesa descubrir los hechos que subyacen a la metáfora, y esos hechos devendrán tales cuando sean observados en la transferencia; necesitaremos, pues, una mirada bifocal: por un lado, tratar de entender lo que el sujeto dice y, por otro, observar lo que sucede en el aquí y ahora de la transferencia. Como decía Meltzer en la supervisión de María: “resulta muy sabio tratar de utilizar la información de la paciente de un modo escéptico y basar el trabajo analítico más en la observación que en la información”.

Para *observar la conducta general* necesitamos utilizar todos nuestros sentidos en su específica función incorporativa. Como señalan Brutti y Scotti (1984) “la observación, de hecho, no surge ‘usando’ sólo los ojos sino usando la persona completa del observador” (p. 25); para lo cual es necesario que el analista pueda tolerar y usar su propia capacidad de regresión, tanto como sea necesaria para que sus sentidos puedan operar al modo de parches succionadores, según la expresión de Mrs. Bick; ella “decía

que los órganos –ojos, boca, oídos, nariz- sirven de parches succionadores como la boca agarrando el pezón” (Magagna, J., 1997, p. 207) en las primeras etapas del infante. Si recuperamos la imagen de la mente que Bion nos describe en *Memorias del Futuro*, en la que todas las partes de la historia ontogenética persisten y dialogan, podemos pensar que esas formas primitivas de conexión con el mundo subsisten en nuestro psiquismo y quizá podríamos apelar a ellas para poder captar las inefables características de nuestros pacientes; un modelo equivalente es el de aquellas madres que tienen la capacidad de conocer-auscultar-oler-ver a su hijo a través de los datos que recogen por los diferentes sentidos. Nosotros estamos muy condicionados por la cultura verbal en la apreciación de la realidad y eso propicia que desarrollemos más unos sentidos que otros para la percepción de la misma. Mientras preparaba estas notas recordaba la pericia de los enólogos que pueden decir (¿descubrir?) lo siguiente, después de catar un poco de vino reserva: “Cerezo intenso, borde atejado, aroma potente, rico en matices especiados y frutos secos (higos, nuez), frutas confitadas, boca rotundo taninos de madera fundidos con los de la fruta y fondos minerales de tierra seca y piedras” (Carrión, 2002); ¡cuántos matices catados y captados con el gusto, olfato y vista! En el otro extremo, se puede mencionar el caso de una paciente muy regresiva y con grandes dificultades para utilizar sus sentidos para percibir la realidad, salvo el olfato a través del cual se guiaba –cual conducta atávica- para distinguir a las personas amigas de las enemigas. Para bien o para mal, todos nuestros sentidos están presentes en el encuentro clínico, y dependerá de nuestra habilidad el ampliar nuestros registros para la observación de nuestros pacientes. Expresándome así podría hacer pensar que sólo interese la observación de la conducta manifiesta; entonces sobrevendría casi como una denuncia un texto de Green (2000): “Percibir es entrar en contacto con la realidad exterior. Escuchar es entrar en contacto con la realidad psíquica” (p. 680). La escucha del inconsciente como alternativa a la percepción de lo exterior. Entonces acude otro texto: “Cuando se trabaja con sueños – dice Meltzer en el caso María- se puede utilizar una imaginación más visual; sería como si las imágenes se proyectasen en una pantalla y la persona pudiese reconstruirlas. En este caso es mucho más fácil ver las fantasías que hay detrás del uso del lenguaje. Uno escucha visualmente, del mismo modo que escucha un sueño”. Una imaginación más visual, o/y más verbal, o/y más olfativa... Lo significativo es percibir la realidad exterior y, luego, nuestros objetos internos decodificarían la información, a través del trabajo de elaboración permitiendo la consensualización que reconstruye y descubre al objeto, creando las condiciones que nos permitirá escuchar visual-verbal-rítmicamente... los significados a través de la función alfa. El interjuego analítico-sintético no cesa: nunca se puede decir la verdad última.

Pero, en este apartado acerca de la observación pretendo ceñirme al área que recoge la información, y no al de la interpretación o a la creación de pensamientos, aunque concuerdo con Mrs. Bick (1964) cuando dice “cuán difícil resultaba ‘observar’, vale decir, recoger hechos libres de toda interpretación. Tan pronto como esos hechos deben ser descriptos por medio del lenguaje, cada palabra se carga de una penumbra de implicaciones (...) En efecto, cada cual descubre que escoge una palabra determinada porque el hecho de observar y el de pensar constituyen una unidad inseparable” (p. 111). Creo que capacitarse para observar en general y en la clínica en particular exige una preparación laboriosa de sí mismo como observador, que es previa al hecho de disponerse a descubrir al objeto; para conseguir esta capacidad de observar “el observador hace graves renunciaciones, casi una purificación para liberar a sus propios sentidos: renuncia a actuar, a hablar, a moverse, a escribir, a interpretar” (Brutti y Scotti,, 1984, p. 27). No es un tarea imposible aunque “es difícil ser un observador sin

entrometerse” (Meltzer, 2000). Para modelo de ascesis están a nuestro alcance los aportes de Bion.

No por obvio se puede dejar de señalar que el primer requisito para la observación es el conservar la discriminación sujeto-objeto; toda la fenomenología de los estados claustrofóbicos o delirantes dan muestras de que con la identificación intrusiva se pierde de vista al objeto y sólo se consigue omnisciencia. En el polo opuesto de dicha fantasía, está el requisito de la observación, formulado como “capacidad negativa” o “la capacidad de permanecer en la incertidumbre, sin buscar irritantemente los hechos y las razones” (Meltzer, D. & Harris, Meg, 1988 (1990), p. 26). Esa capacidad encuentra unas indicaciones claras en el breve y célebre trabajo de Bion (1967) *Notes on memory and desire*, en donde se invita al analista a exponerse a la experiencia del potencial cambio catastrófico en un análisis, sin la protección de los prejuicios de su formación teórica o del conocimiento de su analizado, ni la protección que, desde un celo terapéutico, le invitaría a programar la experiencia clínica; dejando de lado nuestras premisas quedamos con mayor disponibilidad para percibir las del paciente. El otro aporte al desarrollo del pensamiento y sus condiciones, génesis y usos que hizo Bion fue *La Tabla*; con ella se puede observar el desarrollo de los pensamientos y el modo cómo funciona el analista; en ese sentido es elocuente el modo como Money-Kyrle la presenta. Cuando Money-Kyrle hizo la recensión de *Elements of Psycho-analysis* (Bion, 1963) señaló que el analista –según Bion- necesita dos cosas para su tarea: “el conocimiento de un adecuado número de teorías psicoanalíticas y una observación precisa. Para la primera, Bion cree que con pocas teorías sería suficiente, siempre que estén formuladas con suficiente generalización (ver *Learning from Experience*). Pero, por supuesto, si no son adecuadas, no habrá suficientes casillas para todas las observaciones. En relación a la segunda, si las observaciones no son precisas es probable que se las ponga en casilleros equivocados en la malla de la teoría (...) La importancia de una observación precisa es, por tanto, de primera importancia. El presente libro del doctor Bion resulta ser una exposición de un método que él ha elaborado para afilar su propia facultad de observación, y que ahora nos ofrece” (p. 389-390). Otro aporte de Bion para una adecuada observación psicoanalítica es el del modelo continente-contenido: sin la presencia de un continente suficientemente disponible, elástico y tolerante para recibir proyecciones no se podrían percibir los datos que emergen en la relación analítica. Otros elementos necesarios para recoger datos son la tolerancia y la paciencia, al contrario de la precipitación que se nutre de pre-juicios y cultiva malos entendidos. Di Carlo (1984) lo expresa con elegancia: “escuchar significa aceptar al otro en su inicial incomprendibilidad, en la heterogeneidad de los significados que recibimos, permaneciendo en la espera de que el significado emerja en el tiempo, que se labore y madure y que el objeto se revele a sí mismo con signos dotados de sentido” (p. 32).

Comencé este apartado con el modelo madre-bebé como paradigma de la relación analítica, y quiero ahora cerrarlo con una referencia correlativa, citando un texto de Brenman Pick (1985): “Si existe una boca que busca un pecho como potencial innato, también existe, creo, un equivalente psicológico, a saber: un estado psíquico que busca otro estado psíquico” (p. 157); creo que es una búsqueda del bebé hacia las funciones parentales que otorgan satisfacción y sentido, pero también es un objeto parental que mira y busca entender el significado de los gestos del infante. Pero hemos de conformarnos y reconocer que sólo podremos conjeturar su estado psíquico: “opero – dice Meltzer, 1990- con la suposición de que nadie puede conocer el estado emocional de otra persona. Que el estado emocional de otra persona, sólo puede ser conjeturado a través de datos provenientes de lo perceptible. Una y otra vez se tiene la experiencia en

los procesos psicoanalíticos que el conocimiento más profundo que podemos tener del estado emocional de un paciente es a través de la vida onírica” (p. 131); pero de una vida onírica presentada en la relación analítica. Con esta cita de Meltzer se marca una distinción: lo que podemos conocer desde los datos perceptibles y lo que podemos intuir. Hasta ahora hemos nombrado algunas condiciones para la observación psicoanalítica de la persona total con una atención global, pero no podemos dejar de advertir que la observación psicoanalítica no se hace sólo con los órganos de los sentidos sino fundamentalmente con el aparato psicoanalítico.

Si partimos de la consideración de la transferencia como la externalización sobre el analista de la imagen y función de los objetos internos, la contratransferencia será el medio para percibir la turbulencia, las alteraciones que dicha proyección provoca en el analista; de ese modo podremos descubrir, significar y nominar lo que las premisas del paciente evoca en nosotros. Exponerse como un medio receptivo y desprejuiciado a las manifestaciones transferenciales del analizado nos permite recoger datos significativos y enigmáticos que permanecerán en nuestro mundo interno a la espera de ser analizados, intuitos, atisbados, nombrados, descriptos, etc. Como decía Ungar (2000) “lo transferido por el paciente se constituirá en un objeto intuible y conjeturable pero siempre con un interior inaprehensible desde lo sensorial” y que desbordará el saber del analista dado la característica no sensorial del objeto psicoanalítico. Frente a tanto misterio, el auxilio acudirá desde los objetos internos, “verdaderos compendios de nuestras visiones del mundo” (Meltzer, caso Puri, mayo, 1997). Para esto habremos de tolerar que el misterio nos sea revelado, siendo tales objetos quienes nos conduzcan; el problema surge cuando no toleramos la espera y creemos que hemos de seguir adelante. “Todos somos un poco hiperactivos, teniendo muy poca fe en el ‘comité’⁸ interno de Bion para explorar desde todos los vértices posibles a través de la comunicación. Si pudiéramos limitar nuestra actividad a señalar y nombrar, y emplear signos concientemente, podríamos darle al ‘comité’ la oportunidad de fabricar sus símbolos y crear la base en la vida onírica de la comprensión para nosotros, para nuestros hijos, para nuestros pacientes” (Meltzer, 2000). Los huecos en el pensamiento surgen, pues, cuando tales objetos internos están estropeados y no están en condiciones aptas como para identificarse con ellos y poder, entonces, atender, mirar, observar, memorizar o registrar, representar y comunicar... (cf. Freud, 1911).

LA DESCRIPCIÓN

Observación y descripción son la base de la interpretación... pero ¿qué significa ‘descripción’? ¿Significa, tal vez, ese recurso menor –comparado con el juicio- para decir algo de un objeto? “La descripción era ya considerada por los antiguos como una ‘definición insuficiente’. Se describía lo que no podía definirse, agotando en la definición todas las notas esenciales” (Ferrater Mora, J., 1966, T. 1, p. 426). Sin embargo, el término descripción es omnipresente en los textos de Freud, Klein, Bion, Meltzer... ¿será señal de la categoría científica del psicoanálisis? ¿Será la descripción un recurso menor para acceder al significado de una conducta o de una obra de arte? Sin embargo, Todorov (1970) considera la descripción como un recurso para acceder a la significación. “Los problemas de significación, que se encuentran entre los más difíciles de la lingüística o la filosofía, se complican aún más en el análisis literario. La obra literaria posee varios planos diferentes que sólo adquieren significación definitiva unidos en un relato particular” (Todorov, T., 1970, p. 105); la articulación entre los distintos planos de descripción (el de los sonidos, el prosódico, el gramatical y el semántico) será lo que “determina la significación concreta” (idem, p. 108). *Mutatis*

mutandis, la descripción puede ser un recurso adecuado para desentrañar la significación de la conducta humana, en la medida en que las abstracciones pueden describir fenómenos (cf. S. Langer, 1962, p. 17).

Sin embargo los epistemólogos consideran a la descripción sólo como un primer estadio en la investigación del objeto de estudio: “la inteligibilidad –dice Samaja, J., 1995- contiene al menos dos momentos básicos: 1. por un lado, debe ser posible describirlo, esto es, identificar sus elementos componentes y caracterizarlos; y 2. por otro lado, debe ser posible reelaborarlo conforme a algún patrón de asimilación a las evidencias de nuestra Razón” (p. 147). Freud (1915) compartía esta opinión: “El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados, insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas –los posteriores conceptos básicos de la ciencia- en el ulterior tratamiento del material. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico” (p. 113). Para describir y acordar con respecto al significado hemos de poder nombrar; y con la nominación se rescatarán los fenómenos para convertirlos en “hechos” diferenciados de la obviedad de lo cotidiano. A partir de los rasgos relevantes de tales hechos, el científico “procede entonces a una *re-descripción*, con la que orienta la búsqueda en el sentido de algunas hipótesis sobre los posibles rasgos esenciales y las posibles claves de funcionamiento” (Samaja, J., 1995, p. 160). Se podría plantear entonces el complejo problema del empleo de los nombres para nominar y el de la determinación del significado del nombre. Estos son algunos de los problemas más fundamentales de la filosofía del lenguaje. Searle (1991), por ejemplo, considera que la referencia sería imposible sin alguna descripción, porque “la referencia nunca aparece en completo aislamiento de la descripción” (p. 93). El problema emerge cuando las referencias no son señaladas ni reconocidas por las descripciones, convirtiéndose el nombre es una no-nominación, que crea las confusiones “cuando el lenguaje funciona en el vacío” (Wittgenstein, 1958, § 132). ¿Qué hacer frente al divorcio entre los hechos y los nombres? Terricabras (1997) dice que “Si la forma en que se expresa un problema filosófico es ‘No me sé orientar’ (I.F. 123; cf. 125, 203), no se llegará, ciertamente, a solucionarlo dando explicaciones –ni que sean metafísicas- de la desorientación. La explicación refuerza y justifica la desorientación, pero no la elimina –explicar una enfermedad no es curarla. Lo que corresponde, en un caso así, es encontrar un camino de salida de la desorientación (309). Y el camino que Wittgenstein propone es el de trabajar en una más clara, más completa, descripción del juego de lenguaje que se esté jugando y en el que uno se haya perdido. (...) la tarea de la filosofía es la de agrupar ‘lo que se sabe desde hace tiempo’ (109), contribuyendo, así, a una ‘recopilación de recuerdos con una finalidad determinada’ (127). Y la finalidad es que los ligámenes, semejanzas y diferencias que, ahora mismo, se observan –habiéndolos tenido siempre delante de los ojos- ayuden a obtener aquella perspectiva que, precisamente por no haberlos observado, no se tenía. Así es como desaparece la perplejidad y, por tanto, el problema se disuelve más que se resuelve (109)” (p. 18). Para disolver los problemas, más que explicarlos es necesario entonces, observar y describir, tarea compleja pues como dice Wittgenstein en la *Investigaciones filosóficas* § 24 “Piensa cuántas cosas bien diferentes se denominan ‘descripción’: descripción de la posición de un cuerpo a través de sus coordenadas; descripción de la expresión de una cara; descripción de una sensación táctil, de un estado de ánimo. (...) La relevancia de tales posibilidades de

transformación –por ejemplo, de todas las proposiciones asertivas en proposiciones que comienzan con la cláusula ‘Yo pienso’ o ‘Yo creo’, por tanto, en descripciones, por decirlo así, de *mi* vida interior-, se mostrará más claramente en otro lugar”. La propuesta alternativa que va emergiendo es que una adecuada descripción de los juegos de lenguaje irá disolviendo los malos entendidos, y descentrando al sujeto desde una posición asertiva hacia otra posición epistemológica expresable como capacidad negativa o “la aptitud para mantenerse en la incertidumbre sin esforzarse irritablemente por llegar al hecho y a la razón” (D. Meltzer & M. Harris-W., 1988 [1990], p. 26); de este modo estaríamos entrando “en los dominios de la ciencia y el arte, la catedral de la mente oculta en el bosque del mundo” (idem, p. 148), mientras se sea capaz de tolerar y no sucumbir al “bombardeo de explicaciones al que estamos sometidos, actualmente por la ciencia, como por la religión en el pasado” (idem). Avanzamos así hacia una concepción del psicoanálisis como “ciencia descriptiva” (Meltzer, 1986 [1990], p. 6) que se ofrece y construye como modelo más que como teoría. La opción por ser un modelo radica en que “no tiene fuerza explicativa porque en el psicoanálisis trabajamos en un sistema no-causal, donde los hechos son factores en un campo y todo es de significado simbólico, metafórico. Por esta razón, es esencial que los modelos sean usados para el descubrimiento y no como reglas o guías para la acción. Si la práctica del psicoanálisis es un arte –algo que creo firmemente- y sus hallazgos son los de una ciencia descriptiva...” (D. Meltzer & M. Harris W., 1988 [1990], p. 206). Cuando Meltzer (1986 [1990]) se refiere a las teorías del psicoanálisis lo hace para asignarle a las teorías el valor de ser “simplemente figuras descriptivas para delinear la estructura de la variedad de experiencias internas y externas que se manifiestan, dentro de nosotros, como emoción” (p. 213). Más adelante, Meltzer (1992 [1994]) comienza la Introducción de *Claustrum* de un modo tan asertivo (!): “El empuje del psicoanálisis se ha desplazado de forma inexorable desde una hipótesis explicativa simplificadora, asociada a una aspiración optimista de curar la enfermedad mental, hacia un estado de enredada descripción de los fenómenos mentales” (p. 1).

Estamos culminando el recorrido del círculo que va de la explicación a la descripción en el psicoanálisis postkleiniano; pero si este círculo encuentra fuerza en el pensamiento de Wittgenstein, no encuentra menos empuje en la comprensión de Meltzer del descubrimiento nuclear de M. Klein: las posiciones; él (1986 [1990]) considera que “uno de los beneficios fundamentales de un análisis, y que marca un hito en el pasaje de la posición esquizoparanoide a la posición depresiva, a saber, el movimiento desde una actitud explicativa, y por tanto de asignar culpas, a una actitud que intenta comprender y, por consiguiente, aceptar la incertidumbre inherente a la infinita complejidad del desarrollo humano y las relaciones personales” (p. 100). Coherente con este supuesto, para la clínica sugiere (caso Camila) que no es “particularmente útil explorar sus antecedentes: únicamente llevaría a asignar culpas; hay que trabajar en la actualidad de la transferencia” porque es donde se puede describir e interpretar lo que está pasando. El peligro que nos asecha es “el ampliamente insatisfactorio medio del lenguaje, (...) para describirlo. Pero, para nuestro desánimo, siempre suena como si estuviéramos explicando y no simplemente describiendo” (D. Meltzer & M. Harris W. 1988 [1990], p. 30).

En ese círculo postkleiniano que transita desde la explicación a la descripción existe un pensamiento nuclear y fundamental: el de W. Bion; si nos acercamos a sus consideraciones sobre la descripción avanzaremos en la comprensión de la significación que la descripción tiene para la clínica y para el descubrimiento en el camino hacia el insondable O. En *Transformaciones* Bion reconoce que utilizará la descripción por la dificultad de emplear otro medio para transmitir la inefable comunicación del paciente:

“Una de las dificultades a las que me referí en la página 5 se relaciona con la comunicación del material de una experiencia que es inefable. El enfoque científico, tal como se lo entiende comúnmente, no es accesible y el enfoque estético requiere un artista. Por tanto el lector deberá ser indulgente para poder comprender el significado que quiero expresar; encontrará la experiencia clínica, si llega a tenerla, más simple que lo que mi descripción la hace parecer” (Bion, 1965, p. 68). Aunque compara el lenguaje de la descripción con el científico y el estético, considera que es el medio disponible para transmitir lo inefable. La opción por la descripción le lleva a caracterizarla de tantos modos, que tanto revela su conformidad con la misma como su deseo de que sea el medio más idóneo posible; algunos ejemplos serán elocuentes: descripción analítica (*Transformaciones*, p. 18 y 149), clínica (idem, p. 21 y 98), de hechos (idem, p. 22), del transfondo emocional (idem p. 157), imaginativa y edípica (idem, p. 98), extraña (idem, p. 136), rigurosa (idem, p. 161), adecuada (idem, p. 196), convincente (idem, p. 156), correcta (*Aprendiendo de la experiencia*, p. 38), con cualidades científicas (idem, p. 39), articulada (*Volviendo a pensar*, p. 80), que carecen de rigor pero que tienen definición (*Atención e Interpretación*, p. 27), etc.

Ahora bien, para Bion (1965), la descripción es fundamentalmente una transformación: “transformo los hechos que describo al considerarlos de un modo particular. Mi descripción es, por lo tanto, una transformación, análoga a la pintura del artista, que es un producto del enfoque particular del artista” (p. 24). Para poder realizar esa transformación es necesaria una observación y descripción cuidadosa: “...en la sesión, puedo tomar contacto con fenómenos que aún no he observado o sólo lo he hecho parcialmente. Se trata de una oportunidad que no debe desperdiciarse, ya que puede no repetirse nunca. Por tanto, se merece la descripción más precisa posible que se pueda encontrar para delinear la experiencia emocional, a la cual otorgo la máxima importancia” (Bion, 1996, p. 233). Para realizar esa transformación es necesaria la observación, pero él, a su vez, considera que la teoría de las transformaciones es una de las teorías de la observación psicoanalítica (1965, p. 32). Pero, en tanto no se sabe lo que los objetos son, sólo se describen fenómenos: “nunca se puede saber lo que los hechos absolutos son, y estos los denoto con el signo O. Mi descripción contempla los hechos tal como *ahora* parece que fueron cuando tuvieron lugar: es una descripción de fenómenos” (idem). Más tarde precisa cuáles son las limitaciones que impiden el conocimiento de O y la función que cumple la descripción: “...yo digo que O es incognoscible no porque considere que la capacidad humana no esté a la altura de esa tarea, sino porque K, L o H son inadecuados para O. Son adecuados para las transformaciones de O, pero no para O. Recapitulemos: Las transformaciones pueden ser científicas, estéticas, religiosas, místicas, psicoanalíticas. Se las puede describir como psicóticas y también como neuróticas, pero aunque todas esas clasificaciones tienen valor, no me parece que el valor que tienen sea psicoanalíticamente adecuado. Elegí escribir, aunque brevemente, sobre las transformaciones en alucinosis porque la *descripción puede servir para explicar* por qué considero que los métodos de observación, notación, atención y curiosidad son inadecuados...” (idem, p. 164-165: las cursivas son nuestras). Él reconoce que “todo intento de indagación implica distorsión a través de la exageración de ciertos elementos para demostrar su significancia” (idem, p. 165) a la que llama “hipérbole” y confía en la presencia de un continente que “desintoxique” de la exageración. La nominación es un primer recurso para evitar que la emergencia del objeto esté intoxicada de penumbras de asociaciones; y un camino adecuado para nominar es describir cuidadosamente, tal como se está intentando hacer, ahora, con el mismo concepto de ‘descripción’. El requisito de la nominación depende de la relación continente-contenido en tanto el significado del nombre emerge de dicha

relación, como dice Bion (1966) “de la operación exitosa de ♂♀ depende el significado del objeto total” (p. 121).

Cuando la descripción del paciente encuentra un continente en la función psicoanalítica del analista, puede ser transformada en una interpretación, que es otra descripción. Como dice Bion (1965) “la experiencia original, la realización –en el caso del pintor el tema que pinta, y en el caso del psicoanalista la experiencia de analizar a su paciente- son transformadas por la pintura y por el análisis en un cuadro y en una descripción psicoanalítica, respectivamente. La interpretación psicoanalítica hecha en el transcurso de un análisis puede ser considerada como perteneciente a ese mismo grupo de transformaciones. Una interpretación es una transformación; para poner de manifiesto las invariantes, una experiencia, sentida y descrita de una manera, se describe de otra” (p. 18). Y, corroborando la idea de que la interpretación es la transformación de una descripción en otra descripción, podemos señalar que cuando el analista haya observado el estado del paciente “hará (...) su propia descripción, comúnmente materializada en interpretaciones” (idem, p. 26).

El énfasis en la observación y descripción, más que en la explicación, es una característica nuclear en el modelo del conflicto estético formulado por Meltzer; tal énfasis es coherente con lo inabarcable del misterio de O, al que sólo nos podemos acercar mediante descripciones; lejos queda la pretensión de certeza de las explicaciones científicas. Como señalaba Ungar (2000) “la descripción siempre contiene algo enigmático, la explicación postula siempre una resolución para el enigma”. Frente a O sólo se puede pretender un avance a través de incertidumbres.

El modelo clínico de Meltzer implica una actitud de exploración y descripción del misterioso mundo del paciente. En una esclarecedora supervisión (Caso Elizabeth) Meltzer describe la actitud del analista frente al material clínico, como la de un geólogo descubriendo un terreno: “El proceso ordinario de ir entendiendo el material de un paciente es un proceso de ir andando por las emociones que está estimulando en ti, ir andando, recorriendo hasta que algo parece ir cobrando forma. Por eso resulta tan interesante, porque no estás a la búsqueda de oro hasta que dices ‘ah, por fin lo encontré, aquí estaba’, sino que, más bien estás andando por entre las rocas y este proceso es ya en sí mismo muy interesante; las rocas son interesantes en sí mismas, no sólo el oro. La geología resulta muy interesante, no es únicamente una ciencia interesada en nombrar y catalogar, sino que el geólogo está haciendo mapas de la estructura de la tierra y, al hacerlo, los movimientos, los desplazamientos, los pliegues, etc., le cuentan lo que ocurrió, cómo ocurrió y, también, lo que está ocurriendo. Poder mirar el paisaje con conocimiento de geología debe ser muy bonito porque puedes estar mirando, entonces, un paisaje con conocimiento de los movimientos que han estado operando allí; es una visión en acción, en movimiento. A mi modo de ver este es el gran cambio introducido en el psicoanálisis por el trabajo de Mrs. Klein, al escuchar y observar acerca de algo que está sucediendo, no buscando las evidencias de lo que sucedió en un tiempo, en el pasado, a la manera de hacer del arqueólogo, sino las evidencias geológicas de lo que está sucediendo en todo momento y que resulta fundamental para describir esa estructura... Es la maravilla de los sueños, de que el paciente te cuente sueños porque ellos te cuentan lo que está sucediendo”. La exploración del terreno es fundamental para el descubrimiento de esa realidad, para aproximarnos al mundo actual del paciente, y para la futura vida mental del paciente porque “la progresiva identificación del paciente con el método de exploración del análisis es una base mucho más importante para el desarrollo gradual de su capacidad de autoanálisis que cualquier intento de formulación” por parte del analista (Meltzer, 1987, p. 167).

Pero la exploración no se circunscribe a descubrir datos, ni se agota en una tarea exclusiva del analista; la exploración puede llegar a ser una tarea conjunta de ambos miembros de la pareja analítica. Podrá ser un encuentro apasionado si se tolera el desarrollo de “la camaradería que emerge en la alianza terapéutica, y es por lo tanto una función de las capacidades de ambos participantes para abandonarse a la aventura de ir más allá de la terapia para la psicopatología del paciente, hacia lo desconocido de ambos” (Meltzer, 1973, p. 289). Tal camaradería encuentra su modelo en la relación de interés y curiosidad no intrusiva y en la capacidad de *reverie* de la madre con respecto al bebé, a lo que añadiría: “y viceversa”, porque también el bebé puede rescatar a la madre en ciertos momentos. El modelo de relación entre ♂♀ desarrollado por Bion y que nombra como simbiótica, comensal o parasitaria, ejemplifica modos –próximos y lejanos- de la camaradería en la pareja. Si la pareja está dispuesta a vivir la experiencia del mutuo descubrimiento y se auto-trasciende en una mirada convergente hacia otro objeto, entonces emergerá la necesidad de nombrar las emociones y las rocas que se encuentren, empleando entonces distintos registros sonoros, gestuales, etc. para referirse a la experiencia compartida. Si frente a una expresión verbal el otro repitiera la misma expresión sin agregar ningún elemento propio ni tono emocional, se dejaría al emisor tan solo como frente al eco, o tal vez aterrorizado frente a las repeticiones del eco. Para no devolver “terror sin nombre” es necesario, y particularmente en la clínica, utilizar los diversos recursos (observación, explicitación, explicación, descripción, señalamiento, interpretación) de que disponemos para contener los fenómenos y las emociones en el continente de las palabras... aunque la primera contención la provee siempre la observación. Cuando Fisher (1995) le dice a Meltzer: “Pienso que una de las contribuciones importantes aportadas por usted es su énfasis en la interpretación como observación más que como explicación. ¿Podría hablar un poco más de la observación en el consultorio? (p. 123), Meltzer le responde: “En el campo psicoanalítico he tenido varios maestros de quienes he tomado cosas varias. De Mrs. Klein he tomado la interpretación. De Money-Kyrle la paciencia y la dulzura. De Bion el pensar. Pero fue de Mrs. Bick de quien aprendí la observación. Era ella una gran observadora –no sólo en observación de bebés, sino en observación clínica. Creo que no es algo fácil de aprender porque en nuestro clima intelectual se pone tanto énfasis en la palabra, tal énfasis litigioso en la precisión del lenguaje recogido –está mejor sobre papel, hay que escribirlo para fijarlo, etc. Pero la cuestión es que la observación psicoanalítica de lo que dicen las personas tiene tanto que ver con cosas que no se pueden poner por escrito –no sólo la dimensión musical de lo que dicen, sino las cosas en las que la escucha y la interpretación están tan unidas que de lo que se trata es lo que he llamado la ‘temperatura’ y la ‘distancia’ de la comunicación, que son tan importantes en la situación psicoanalítica, tanto la observación de la temperatura que emana del paciente como la observación de la temperatura que emana de ti, y si ésta hace subir o bajar la temperatura que emana del paciente. Y, también, observar el asunto de la distancia, porque la intimidad requiere cierto estrechamiento de la distancia de la conversación, lo mismo que uno hace automáticamente en una fiesta, por ejemplo. El variar la distancia de la persona con la que estás hablando conlleva un significado tremendo, que si te acercas a una mujer una pulgada más, le puede parecer que la estás violando, y cosas así” (p. 123-124⁹). Es tal el campo ‘magnético’ que se crea en la intimidad del encuentro analítico que cabe interrogarse acerca de cuál será el medio más idóneo para contener esas temperaturas. Ante tal duda se impone la necesidad de explorar, esperando que surja una intuición. Para dicha exploración es fundamental “hacer observaciones psicoanalíticas y comunicárselas al paciente. No creo que los conceptos sean muy importantes, excepto en la medida en que los conceptos te permitan observar

cosas que de otra manera no hubieras percibido” (idem, p. 120). Pero frente al campo de la relación analítica qué es lo que cabe interpretar: “Todo lo que es visible en la habitación es susceptible de interpretación, y por interpretación, por supuesto, quiero decir principalmente descripción. La interpretación del significado está tan implícita en la descripción que realmente no es una cuestión aparte”. (idem, p. 121). Llegamos así a una afirmación esencialmente bioniana: la interpretación es una descripción; aunque no toda descripción sea interpretación; por ejemplo, la descripción de la observación de bebés no es una interpretación, porque lo propio de la interpretación psicoanalítica es la descripción en la transferencia-contratransferencia, observable en la relación analítica. Pero, tanto en la clínica como en la observación de bebés dependemos de la intuición. Ese fue el error de Apprey (1997) al confundir la descripción fenomenológica (cf. Husserl) con la descripción psicoanalítica, pues, como Meltzer (1997) le respondió una “descripción disciplinada sólo puede tocar la superficie de lo que ha sido observado, [y] no se ha entendido la profundidad y complejidad de los procesos inconscientes y tampoco las limitaciones de la conciencia como órgano de atención” (p. 131) dado que la intuición psicoanalítica emerge desde la observación y descripción de la relación transferencia-contratransferencia.

LA RELACIÓN ANALÍTICA

Lejos queda la concepción de la interpretación como un saber correcto (ver nota al pie N° 9) que emerge del analista en posesión de un supuesto saber. El nuevo modelo de relación, basado en la camaradería, encuentra a dos protagonistas aportando cada uno sus propias descripciones a la espera de que surja algún significado, porque ambos confían en que las emociones, aunque en lucha con las anti-emociones, adquirirán una forma simbólica. “Al intentar asimismo dar una forma verbal, una representación verbal, a los pensamientos contenidos en los sueños, en los juegos de los niños o en las reacciones transferenciales, los preparamos también para formas más sofisticadas de investigación, prueba de realidad y coherencia lógica. Pero es la poesía del sueño la que capta y da una representación formal a las pasiones que *son* el significado de nuestra experiencia para que puedan ser utilizadas por la razón” (Meltzer, 1987, p. 51). Pero la poesía del sueño o de la relación clínica padece cuando intentamos describirla o cuando una explicación la satura. La cuestión es cómo colaborar para que el “comité” pueda fabricar sus símbolos. Se trataría de estar cerca de los hechos, observándolos y prestándoles palabras para describir la experiencia emocional en el íntimo territorio del vínculo analítico, con la secreta esperanza de que en el diálogo entre los objetos internos la función alfa de esos mismos objetos produzca atisbos de significados ofrecidos como intuiciones. Parthenope Bion (1994) dice que “solamente desde Bion se empieza a usar la función alfa como una cualidad de la mente que el analista puede utilizar específicamente en su propio trabajo, afinándola como instrumento, aprendiendo a utilizarla creativamente. Para aprender a usarla, entiendo el esforzarse en la disciplina necesaria para estar relajados, sin memoria ni deseo, sin la urgencia de ‘decir algo’, de conferir un significado circunscripto a los hechos de la sesión. Esta disciplina parece favorecer la emergencia del propio inconsciente de los ‘ideogramas’ de los elementos alfa, que no pueden ser nunca forzados a mostrarse, sino sólo pueden ser invitados a hacerlo” (p. 20). Será necesario pues un estado mental con predominio del segundo polo de la dinámica Ps↔D, una disposición a vivir bajo la égida de tales objetos responsables de fabricar para nosotros esos elementos alfa que “puede suponerse –dice Bion, 1996- que son mentales e individuales, subjetivos, altamente personales, particulares e, inequívocamente pertenecientes al campo de la epistemología de una persona en particular. El ejemplo que he dado de la imagen visual de la iglesia es en alto

grado particular, y debe considerarse que pertenece al nivel más bajo de datos empíricamente verificables. En el contexto en que lo he citado, ni siquiera es un símbolo, aunque una vez el individuo ha experimentado tal imagen no hay nada que pueda impedir su aparición en otros contextos cumplimentando las funciones que normalmente se atribuye a los símbolos” (p. 198). El supuesto más radical para el tránsito de lo sensual a lo simbólico es disponer del coraje suficiente para abandonar los soportes de la realidad sensible; el requisito será “la observación vivencial de la experiencia, en la cual ‘significado’ y ‘forma’ se expanden mutuamente y la mente crece” (M. Harris W., 1983, p. 78), aunque a todos “inquieta pasar de la medición de la cantidad a la descripción de la calidad” (Meltzer, D. y Harris W., M., 1982, p. 458) porque el conflicto que se ha de tolerar es el del impacto de la belleza. Si apelamos, como supuesto necesario, a la metáfora digestiva del aparato para pensar, podríamos concluir, citando otra vez a Meg Harris W. (1983): “Su proceso de ‘digestión’ correspondería (en términos de los trabajos teóricos de Bion) a la transición de los elementos beta a los elementos alfa, capaces de una organización estética sobre una ‘pantalla’; en términos metafóricos del movimiento mental, una materia prima de experiencia sensorial es transformada en símbolos para el pensamiento. La tarea del comité de arte no consiste en formular una solución última o etiquetar las elecciones, sino en crear una forma cuyo ‘patrón subyacente’ estético haga posible la recepción del pensamiento” (p. 82) en una búsqueda sin fin, tolerando la turbulencia del impacto estético tras el misterio de O.

Un área de los problemas simbólicos de cierta clínica ha sido transitada. Se han reconocido tanto las limitaciones del lenguaje para nombrar como las del sujeto frente a las verdades propias y las del mundo externo; también se ha mencionado que uno de los problemas observados es el de aquellas personas que afirman lo que no vieron y son asertivos con lo desconocido, quedando perdidos –sin ser clínicamente psicóticos- en un mundo de palabras que sólo encandilan fugazmente. Uno de los recursos iniciales y fundamentales en el trabajo clínico es el de acompañarlos en el descubrimiento de los objetos del mundo, colaborando en el desarrollo de su capacidad de observación sin la cual quedarían excluidos de la dimensión simbólica. Cuando el analista dispone de una adecuada capacidad de reverie, puede contener con sus observaciones, descripciones e interpretaciones los rudimentos de significados para ofrecerlos al analizado, con la esperanza de que más tarde los recoja y eso contribuya al desarrollo de las funciones simbólicas de los objetos internos. Para transitar un camino así, misterioso y enigmático, como un geólogo apasionado, el analista deberá tolerar la turbulencia de la descripción minuciosa, soportando el espanto ante lo desconocido; habrá de estar dotado de paciencia y capacidad poética como para sostener el salto o cambio catastrófico desde lo sensible a lo intuible. El salto a la intuición reclama la disponibilidad del analista para observar globalmente al paciente, más allá del texto de las palabras, casi más pendiente de los silencios y los ritmos que de la semántica para acceder a la significación. Permanece actual aquella recomendación de un viejo maestro: ‘para desarrollar la intuición clínica, lee poesía’.

Bibliografía

Anscombe, G.E.M (1967): *An Introduction to Wittgenstein's Tractatus*, Hutchinson University Library, London.

- Apprey, M.** (1997): "When Disciplined Description Precedes Interpretation: Slowing Dawn Meltzer's Account of *Sincerity* To Reinsert Description in Post-Kleinian Phenomenology", *Journal of Melanie Klein and Object Relations*, 15 (1), 91-130.
- Bick, E.** (1963): "Notas sobre la observación de lactantes en la enseñanza del psicoanálisis", *International Journal of Psycho-Analysis*, XLV, 4. Trad. al castellano en la Rev. de Psicoanálisis, APA, Bs. As., 97-115.
- Bion, Parthenope:** (1994): "Las estructuras mentales escondidas", *Psicoanálisis*, APdeBA., XVI, N° 1, 7-21.
- Bion, W.** (1962): *Learning from Experience*, London: Heinemann [Reimpreso por Karnac en 1984]. Trad. al castellano: *Aprendiendo de la experiencia*, Ed. Paidós Ibérica, S. A., Barcelona, 1980.
- Bion, W.** (1963): *Elements of Psycho-Analysis*, W. Heinemann, London. Trad. Al castellano: Ed. Hormé, Bs.As., 1966.
- Bion, W.** (1965): *Transformations. Change from Learning to Growth*, W. Heinemann Medical Books Ltd., London. Trad. por Centro Editor de América Latina S. A., Bs. As., 1968. Las transcripciones en castellano son las del Centro Editor de A. L. Recientemente se ha realizado una nueva edición, traducida por R. Puchades P. y publicada por editorial Promolibro, Valencia, 2001.
- Bion, W.** (1967): "Notes on memory and desire", *Psychoanalytic Forum*, vol. 2, N° 3. Publicado en la *Rev. de Psicoanálisis*, APA, XXVI, 3, 679-682, Bs. As., 1969.
- Bion, W.** (1967 b): *Second Thoughts*, W. Heinemann Medical Books Ltd, London. Trad. al castellano: Ed. Hormé, Bs. As., 2ª ed. 1977.
- Bion, W.** (1970): *Attention and Interpretation*, London: Tavistock [Reprinted London: Karnac Book, 1984]. Trad.: *Atención e Interpretación*, Ed. Paidós, Bs. As., 1974.
- Bion, W.** (1991): *A Memoir of the Future*, Karnac Books, London. Trad.: *Memorias del Futuro*, Julián Yebenes, S. A., Madrid, 1995.
- Bion, W.** (1994): *Cogitations*, Karnac Books, London. Trad. castellana: *Cogitaciones*, Promolibro, Valencia, 1996.
- Brenman Pick, I.** (1985): "Working through in the counter-transference", *Int. J. Psycho-Anal.*, 66, 157-166.
- Brutti, C. – Scotti, F.** (1984): "Osservazione – conflitto – bisogni", *Quaderni di psicoterapia infantile/4: L'osservazione*, Ed. Borla, Roma, 23-28
- Borges, J. L.** (1968): *Ficciones*, Emecé Ed., Bs.As.
- Carrión, I.** (2002): "Narices de oro", *El País Semanal*, Madrid, N° 1329, 31-38.
- Cohen, M. & Nagel, E.:** *An Introduction to Logic and Scientific Method*. Trad. Introducción a la lógica y al método científico. Tomo II Lógica aplicada y método científico. Amorrortu ed., Bs.As., 1968.
- Di Carlo, A.** (1984): "Osservazione e apprendimento", en *Quaderni di psicoterapia infantile*, op. cit., 29-41.
- Edmonds, D y Eudinov, J.** (2001): *El atizador de Wittgenstein. Una jugada incompleta*, Península-Atalaya, Barcelona.
- Ferrater Mora, J.** (1965): *Diccionario de Filosofía*, T. I y II, Ed. Sudamericana, Bs.As. 1ª reimpresión: 1966.
- Fisher, J.** (1995): "Donald Meltzer in discusión with James Fisher", en *Intrusiveness and intimacy in the couple*, edited by S. Ruzsyczynski & J. Fisher, London, Karnac Books, 107-144.
- Freud, S.** (1911): *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Amorrortu ed. XII, Bs. As., 1976, 217-231.
- Freud, S.** (1915): *Pulsiones y sus destinos*, Amorrortu ed., XIV, Bs. As., 1976, 105-134.

- Green, A.** (2000): “¿Tiene la sexualidad alguna relación con el psicoanálisis?”, *Psicoanálisis*, APdeBA, XXII, N° 3.
- Guiraud, P.** (1971): *La sémiologie*, PUF, París. Trad.: La semiología, s. XXI editores, México, 1979.
- Hahn, A.** (1997): “Contratransferencia”, Seminario Teoría de la Técnica, Barcelona (inédito).
- Hahn, A.** (1999): “Técnica de interpretación de los sueños”, Seminario en Barcelona (inédito).
- Harris Williams, M.** (1983): “‘Underlying pattern’ in Bion’s *Memoir of the Future*”, *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 10, 75-86.
- Harris Williams, M.** (1997): “Reply to Dr. Apprey’s Paper”, *Journal of Melanie Klein and Object Relation*, 15 (1), 133-134.
- Harris, M.** (1984): “L’individuo nel gruppo: apprendere a lavorare con il metodo psicoanalitico”, *Quaderni*, op. cit., 79-98.
- Hinshelwood, R. D.** (1989): *A Dictionary of Kleinian Thought*, London. Trad.: Diccionario del pensamiento kleiniano, Amorrortu ed., Bs.As., 1992.
- Langer, S.** (1962): *Philosophical sketches*, The Johns Hopkins Press: Baltimore. Trad.: Esquemas filosóficos, Ed. Nova, Bs. As., 1971.
- Magagna, J.** (1997): “Tres años de observación de bebés con la señora Bick”, *Psicoanálisis*, APdeBA, XIX, N° 1-2, 197-226.
- Meltzer, D.** (1968): “Una nota sobre la receptividad analítica”, en *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*, Editado por A. Hahn, Spatia ed., Bs. As., 1997, 143-147.
- Meltzer, D.** (1973): “Interpretación rutinaria e interpretación inspirada. Su relación con el proceso de destete en el análisis”, en *Sinceridad*, op. cit., 275-292.
- Meltzer, D.** (1976): “Dimensiones técnicas de la interpretación: la temperatura y la distancia”, en *Sinceridad*, op. cit., 369-382.
- Meltzer, D.** (1978): “Una nota sobre los procesos introyectivos”, en *Sinceridad*, op. cit., 387-398.
- Meltzer, D. & Meg Harris W.** (1985): “Tres conferencias sobre *Memorias del futuro* de W. R. Bion”, en *Sinceridad*, op. cit., 451-482.
- Meltzer, D.** (1983): *Dream-Life. A Re-examination of the Psycho-analytical Theory and Technique*, Perth: Clunie. Trad.: Vida onírica. Una revisión de la teoría y de la técnica psicoanalítica”, Tecnipublicaciones, S. A., Madrid, 1987.
- Meltzer, D.** (1986): *Studies in Extended Metapsychology: Clinical Applications of Bion’s Ideas*, Perthshire, Scotland: Clunie Press. Trad.: Metapsicología ampliada. Aplicaciones clínicas de las ideas de Bion, Spatia ed., Bs. As., 1990.
- Meltzer, D. & Meg Harris W.** (1988): *The Apprehension of Beauty*, Perthshire, Scotland: Clunie Press. Trad. La Aprehensión de la belleza. El papel del conflicto estético en el desarrollo, la violencia y el arte. Spatia ed. Bs, As., 1990.
- Meltzer, D.** (1990): “Conferencia pronunciada por el Dr. Donald Meltzer en APdeBA”, *Psicoanálisis*, APdeBA, XII, N° 1, 123-134.
- Meltzer, D.** (1992): *The Claustrium: An Investigation of Claustrophobic Phenomena*, Perthshire, Scotland: Clunie Press. Trad.: Claustrium. Una investigación de los fenómenos claustrofóbicos, Spatia ed., Bs. As. 1994.
- Meltzer, D.** (1997): “Reply to Maurice Apprey’s Paper”, *Journal of Melanie Klein and Object Relation*, 15 (1), 131-132.
- Meltzer, D.** (1999): *Diálogos clínicos con Donald Meltzer*, *Psicoanálisis*, APdeBA, Bs. As., XXI, N° 1/2, Número monográfico.
- Meltzer, D.** (2000): *Concerning signs and symbols*, www.appliedpsychoanalysis.com/
- Meltzer, D.** Seminarios en el **Grupo Psicoanalítico de Barcelona**. Casos: María (Jun.1987), Chica que no podía pensar (Oct. 1993), Eduardo (Jul. 1994), Elizabeth (Oct. 1995), Eva (Nov. 1996),

Ricardo (1996), Inés (Jun. 1996), Camila (1997), Puri (Mayo, 1997), Luis, (1998), Quetty S. (1998), Xabier (Mayo 2000): Inéditos.

- Meltzer, D., R. Castellà, C. Tabbia and Ll. Farré:** *Supervision with Donald Meltzer*, Karnac, 2003
- Money-Kyrle, R.** (1978): “Review”, en *Collected Papers of Roger Money-Kyrle*, D. Meltzer editor, Karnac Books, London, 389-396
- Platón:** *Eutidemos*. Traducción, noticias preliminares y Estampa Socrática de Juan B. Bergua. En: *Diálogos Segundo Hippias-Protágoras-Eutidemos-Gorgias*, Clásicos Bergua, Madrid, Quinta edición, 1968.
- Rusell, B.** (1919): “Descripciones”, en **Valdés Villanueva, L.** (1991), ver más abajo, 46-56.
- Rusell, B.** (1922): “Introducción” al *Tractatus...* en la edición inglesa y traducido al castellano en la edición de Rev. de Occidente, citado más tarde.
- Samaja, J.** (1993): *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, EUDEBA, Bs. As., 1995.
- Searle, J. R.** (1967): “Nombres propios y descripciones” en P. Edwards (ed.), *The Encyclopedia of Philosophy*, MacMillan, Nueva York. Trad. al castellano en: **Valdés Villanueva, L.** (ed.): *La búsqueda del significado*, Ed. Tecnos, Madrid, 1991, 83-93.
- Segal, A.** (1975): “A Psychoanalytic Approach to the Treatment of Schizophrenia” en *Studies of Schizophrenia*, comp. M. Lader, Headley Brothers Ltd.. Publicado en *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*, Paidós, Bs., 1989.
- Strawson, P. F. (1950):** “Sobre el referir”, en **Valdés Villanueva, L. (1991)**, ver más abajo, 57-82.
- Tabbia, C.** (1970): “La correlación entre mundo y lenguaje en la teoría pictórica según el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein” (inédito).
- Terricabras, J. M.** (1997): *Introduccio a las Investigacions filosòfiques de L. Wittgenstein*, (ver más adelante), 5-46.
- Todorov, T.** (1970): “La descripción de la significación en la literatura”, en **Roland Barthes, Claude Bremond, Tzvetan Todorov, Christian Metz:** *La semiología*, Ed. Tiempo contemporáneo, Bs. As.
- Ungar, V.** (2000): “Transferencia y modelo estético”. *Convegno internazionale “Lo sviluppo del metodo psicoanalitico” Studi teorici e clinici del contributo de Donald Meltzer alla psioanalisi.* Firenze, 18-20 febbraio 2000.
- Valdés Villanueva, L.** (ed.) (1991: *La búsqueda del significado*, Ed. Tecnos, Madrid.
- Wittgesntein, L.** (1918): *Logisch-Philosophische Abhandlung*. Trad.: *Tractatus Logico-Philosophicus*, trad. de Enrique Tierno Galván, Rev. de Occidente, Madrid, 1957. En 1922 apareció por primera vez en inglés, con la “Introducción” de B. Rusell.
- Wittgenstein, L.** (1958): *Philosophical Investigations*, Blackwell, Oxford. Trad. Catalana: *Traducció I* edició a cura de Josep M. Terricabras, Edicions 62, Barcelona, 1997.

¹ El año que consta en los textos corresponde a la edición de la traducción; cuando en un texto coincide la traducción con otro, se indica primero el año de la edición en idioma original y a continuación el de la traducción.

² En la nota preliminar al *Eutidemo* de Platón, J. B. Bergua (1968) enumera las bases de los juegos de palabras: “anfibiologías puramente accidentales debidas a una particularidad de sintaxis, unas veces; doble sentido que naturalmente ofrecen, con frecuencia, ciertas palabras; confusión de la palabra con la realidad de la cosa expresada; relación establecida arbitrariamente entre dos atributos de un mismo objeto” (p. 189).

³ Los textos de Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* han sido traducidos en base a las ediciones inglesas y catalana.

⁴ Wittgenstein afirma en el *Tractatus Logico-Philosophicus* § 4.003 “La mayor parte de las proposiciones y cuestiones que se han escrito sobre materia filosófica no son falsas, sino sin sentido. No podemos, pues, responder a cuestiones de esta clase de ningún modo, sino solamente establecer su sinsentido”.

⁵ “¿Se ha de decir que uso una palabra, el significado de la cual no conozco, que digo, por tanto, insensateces? – Di lo que quieras, mientras eso no te prive de ver qué es lo que pasa. (Y cuando lo veas, no dirás ciertas cosas)” (Wittgenstein, 1958, § 79).

⁶ Los casos citados en este trabajo han sido trabajados en los encuentros con Meltzer en el *Grupo Psicoanalítico de Barcelona*, que no han sido publicados, salvo algunas supervisiones del caso Eduardo que aparece recogido en **D. Meltzer, R. Castellà, C. Tabbia and Ll. Farré**: *Supervisions with Donald Meltzer*, Karnac, 2003; para más información, ver Bibliografía.

⁷ También se puede traducir por imagen o pintura.

⁸ Meltzer hace referencia al comité del tercer volumen de *Memorias del Futuro*.

⁹ En un contexto íntimo como el que se desprende de la entrevista con J. Fisher, Meltzer, unos años más tarde y con la sinceridad que le caracteriza nos dijo, en la supervisión del caso Xabier: “Me educé en una creencia absoluta en la interpretación correcta de la Sra. Klein. Me costó varios años recuperarme de todo esto; para mí también era una especie de desilusión. Una interpretación es una afirmación metapsicológica de un drama, un drama de transferencia y contratransferencia y tiene relativamente poco que ver con los procesos de desarrollo de la historia; todo ocurre allí, en la sala de consulta, salvo cuando se escapa y se hace un *acting out* afuera”.